

Policía y racismo en Francia*

MICHEL WIEVIORKA

Director de Estudios de la
Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales de París

109

1. INTRODUCCIÓN

Desde hace aproximadamente diez años he llevado a cabo muchas investigaciones sobre el problema del racismo en Francia y también he realizado algunas con policías. En estas investigaciones me he preocupado por el tema del racismo en relación con la policía, intentando responder a algunas preguntas sobre la violencia racista en Francia y sobre el papel que tiene la policía en la violencia o, más ampliamente, sobre el papel de la policía en el aumento del racismo en Francia. Con esto no quiero hacer ninguna provocación ni decirles que la policía sea la responsable del racismo en Francia, pero sí que tiene una parte de responsabilidad que merece ser analizada.

Quiero empezar haciendo dos observaciones generales sobre la violencia racial en Francia. Primero, pienso que este tema es muy limitado y secundario, proporcionalmente es un tema menos importante que el Frente Nacional, que es un movimiento no violento. Si hablara de Gran Bretaña tendría más cosas que decir sobre la violencia racista, porque creo que allí sí que hay mucho racismo y que se manifiesta de una forma violenta. La segunda observación preliminar que quiero hacer es que se habla mucho de violencia en Francia pero no se habla de violencia racista. En los periódicos franceses o la televisión francesa se habla sin parar de violencia urbana, delincuencia, terrorismo islamista, violencia nacionalista en Córcega, violencia escolar, violencia en los transportes públicos... Se habla mucho de violencia y de racismo pero la vio-

* El texto de este artículo ha sido extraído de la conferencia que pronunció Michel Wieviorka en el Seminario sobre las minorías étnicas y la xenofobia, realizado en la Escuela de Policía de Cataluña del 9 al 13 de junio de 1997, y se ha publicado en esta *Revista* con su previa autorización.

lencia racista es un problema secundario. Digo esto porque si no, no nos entenderíamos muy bien.

De entrada, presentaré este análisis general en tres partes. En la primera parte de mi intervención quiero hablar de cómo y por qué se ha desarrollado el racismo en Francia desde hace unos treinta años. Y lo hago de esta forma porque pienso que en su sociedad ha empezado ahora, diez o quince años más tarde, el fenómeno que los franceses hemos vivido a partir de los años 60 y 70, y que los ingleses empezaron a vivir a partir de los años 50 o 60.

En la segunda parte trataré de centrar el tema sobre uno de los lugares de donde surge indirectamente la violencia racista, es decir, de las instituciones; con esta intención explicaré o analizaré la crisis de las instituciones francesas en general, y particularmente de la policía. Pienso que la policía francesa está en crisis; aunque los policías siempre dicen que la policía está amenazada y que los policías franceses de hace un siglo ya decían que la policía estaba en crisis, creo que desde hace veinte años esta crisis es efectiva.

Y, en último lugar, la tercera parte de mi intervención consistirá en reflexionar precisamente sobre el tema de la violencia racista. ¿Por qué digo que hay poca violencia racista en Francia y, sin embargo, por qué aumenta el racismo y paradójicamente, hay poca violencia?

2. LA EVOLUCIÓN DEL RACISMO EN FRANCIA A PARTIR DE LOS AÑOS 60 Y 70

Creo que si queremos reflexionar sobre cuáles son las fuentes más profundas del aumento del racismo en Francia (y también en Alemania, Bélgica, Gran Bretaña e, incluso, en España), hay que tener en cuenta tres fenómenos sucesivos. El primero es el final de la sociedad industrial, el segundo es la crisis de las instituciones y, el tercero, los cambios relacionados con las identidades colectivas y culturales.

Pero, ante todo, quiero advertir que, en realidad, estamos hablando de fenómenos muy recientes: para un historiador, los últimos treinta años son poco tiempo. Recordemos, por ejemplo, que antes de la Segunda Guerra Mundial el racismo en Francia era un fenómeno muy poderoso y muy fuerte pero, en cambio, no se consideraba como un hecho criminal. Actualmente ser racista se considera desde la perspectiva criminal; hemos aprendido a criminalizar el racismo porque ha habido la Segunda Guerra Mundial, la barbarie nazi, la descolonización y porque ha habido también otros grandes fenómenos históricos. Por consiguiente, les hablo de un fenómeno que vuelve a empezar y se relanza en una sociedad que pensaba que cada vez habría menos racismo después del final de la Segunda Guerra Mundial y de la descolonización. Creo que la sociedad catalana o española también vive el mismo problema. ¿Quién habría pensado, hace diez años, que Cataluña se interesaría por el tema del racismo?

No conozco muy bien la experiencia catalana pero sí conozco la del País Vasco: a finales del siglo pasado el nacionalismo vasco era profundamente

racista y, aunque desconozco el nacionalismo catalán, si leyéramos textos del siglo pasado podríamos encontrar expresiones racistas. Por tanto, antes de llegar a cualquier conclusión, debemos ser prudentes.

El primer elemento de mi análisis sobre la transformación de la sociedad francesa es, como he indicado más arriba, el final de la sociedad industrial. En los años 60, en Francia existía una relación social conflictiva, es decir, el movimiento obrero estaba en oposición a los patrones; esta relación era el centro de la vida social. Es cierto que no todo el mundo era obrero o empresario y que no todos los obreros tenían el sentimiento de estar en un conflicto muy fuerte, pero esto no impide ver que el núcleo de la vida colectiva era la relación entre estos agentes: por un lado un movimiento sindical y obrero y, por otro, los empresarios. Si digo que esta relación conflictiva estructuraba la vida colectiva es porque a partir de esta tensión se organizaba la vida política.

¿Qué quería decir ser de izquierdas en Francia durante los años 50 o 60? De una forma u otra, significaba ser del bando del movimiento obrero; en cambio, ser de derechas representaba más bien ser del otro bando. El debate intelectual se centraba en saber si se situaban al lado o en contra del movimiento obrero. En mi formación intelectual leí a Sartre, que muchas veces se preguntaba si debería ser compañero de lucha de los comunistas, pero también una frase muy célebre de un personaje creado por este autor dice: «no podemos decir esto porque corremos el riesgo de desesperar a la ciudad donde están las fábricas Renault, que son el símbolo de la industria y el movimiento obrero».

Este conflicto sociopolítico también estructuraba la vida en los barrios porque, además de los sindicatos, había asociaciones en las que el movimiento obrero estaba presente: las organizaciones de consumidores, de familias, deportivas, culturales, etc. Por consiguiente, era muy importante porque aunque no todos los obreros votaran a la izquierda y aunque no todo el mundo estuviera obsesionado por esta relación, estructuraba la vida colectiva y hacía que Francia fuera un país donde los inmigrantes, que eran muy numerosos, se definieran en términos sociales. En la Francia de aquella época, cuando se hablaba de los inmigrantes, se decía que eran *trabajadores* inmigrantes.

Entonces, la figura del inmigrante era una persona soltera, un hombre, que había venido a trabajar a las fábricas o al campo (sobre todo a las fábricas para hacer los trabajos más pesados), que culturalmente era muy diferente de los franceses y que hablaba muy poco o muy mal la lengua francesa; vivía en residencias o en hoteles que se los hacían pagar muy caros y eran muy malos. En definitiva, la forma principal de integración social del inmigrante era mediante los sindicatos.

El racismo, pues, servía para considerar a estos inmigrantes como inferiores y permitía formas de explotación laboral; era útil para imponer los trabajos más difíciles y más duros y para poder exigir que no protestaran. El racismo servía como excusa para situar a las personas extranjeras en el lugar más bajo de la sociedad y en las peores condiciones. Por eso, el racismo se manifestaba sobre todo contra la gente procedente del norte de África pero también

afectaba a los españoles o portugueses que habían llegado a Francia por razones políticas o huyendo de las dictaduras.

Esta época se ha terminado. Actualmente ya no se puede decir que en Francia el movimiento obrero es el centro de la vida colectiva y que, al emanciparse, liberará a la humanidad entera. Hoy en día la cuestión –el drama– social no es sufrir un conflicto sociolaboral o ser explotado laboralmente (que se basa en una relación de dominio), sino que es el hecho de estar privado de la explotación, estar en el paro, ser un parado. En pocas palabras, la gran cuestión social de nuestros días es la exclusión.

En las sociedades industriales la gente estaba dentro de la sociedad, ya sea abajo o arriba, pero dentro de la sociedad; evidentemente, con una relación de dominador-dominado. En la sociedad actual se está o dentro de la sociedad o fuera, se pertenece al grupo que tiene trabajo o al que está excluido. En este sentido, ha surgido el concepto de *fractura social*: la gente que está a un lado o al otro, o dentro de la sociedad o fuera. Esta circunstancia es muy importante para comprender el racismo en una primera fase. En la época de la sociedad industrial, las voces del racismo decían: «Venid aquí, os consideraremos inferiores y os explotaremos». Ahora no, ahora es diferente, el racismo está muy relacionado con el problema de la exclusión y consiste en decir: «¿Qué haces en mi país? ¡Vete!».

El racismo actual no se basa en la *inferioridad* supuesta de aquellas víctimas, sino que insiste en la *diferencia* de los inmigrantes, personas que permanecen en Francia pero son diferentes y, por tanto, nunca podrán integrarse en la sociedad francesa. La gran novedad es que nosotros hemos visto aumentar aquello que los especialistas denominan un *racismo diferencialista*, es decir, un racismo que pretende que la diferencia del otro es tal que nunca podrá encontrar su lugar en la sociedad francesa. En suma, estamos ante una paradoja.

Ya hemos descrito la figura clásica del inmigrante: un trabajador, soltero, un hombre, etc. No obstante, hoy en día, los hijos o los nietos de estos inmigrantes son franceses, son chicos y chicas que culturalmente están muy integrados en la sociedad francesa, son muy modernos: un nieto de inmigrantes es una persona que utiliza un teléfono móvil, que lleva zapatos Nike y viste ropa americana de moda... Por tanto, es una persona que culturalmente está muy integrada, pero a pesar de ello le dicen: «Tú eres diferente, con el aspecto que tienes no tendrás nunca trabajo en mi empresa, con tu aspecto no podrás vivir nunca donde yo vivo, con tu aspecto y con tu cara no podrás entrar nunca en mi discoteca...». En términos policiales: «Con tu aspecto tienes más posibilidades de ser un terrorista que la persona que tienes al lado que es blanca, que va limpia, que lleva corbata y que presenta un aspecto muy respetable... Por tanto, te detendré si llevo a cabo un control».

Así, el final de la sociedad industrial tiene consecuencias de comportamiento que van unidas a una situación de paro, de exclusión en general, relacionado con el temor social de quedar excluido. El racismo que aumenta es un racismo de segregación, que consiste en crear unas barreras para

distanciarse o mantenerse a distancia de los inmigrantes y para indicar que son diferentes. Muchas veces en mis investigaciones he visto a gente que construyen paredes para que los inmigrantes de un barrio de casas baratas no puedan entrar en los barrios de clase media, por miedo a perder su estatus.

Otro elemento al que me quiero referir, después del análisis del cambio de la sociedad francesa, es el registro cultural. Esta cuestión les puede dar ideas para reflexionar sobre la evolución que puede haber en esta materia en Cataluña o España.

Paralelamente, en estos treinta años, en Francia ha habido una transformación en la idea de nación al mismo tiempo que aparecían nuevas identidades culturales. La idea de nación puede tener dos caras: una positiva y otra negativa. La nación, de una forma abierta, se puede considerar como el marco simbólico en cuyo interior tiene lugar un buen desarrollo económico, el progreso, la vida política democrática... Ahora bien, desde una perspectiva cerrada, se puede llegar a defender la expulsión de todo aquello que no es homogéneo a esta idea preconcebida de nación. Con esta idea podemos hablar de una nación xenófoba y racista. En los últimos tiempos, la perspectiva positiva del concepto de nación no ha parado de disminuir mientras que la perspectiva negativa de la idea de nación no ha dejado de aumentar.

Los franceses han tenido el sentimiento de que, en lugar de constituir el marco de la vida económica y cultural, la nación estaba amenazada desde el exterior por unas decisiones económicas y de flujos culturales que invadían su territorio. El sentimiento que se ha ido formando es el de entender que con la globalización de la economía, las grandes decisiones se toman fuera del país. Por eso, el francés no se ve capaz de constituir el marco de la vida social y económica; ahora son los grandes grupos financieros y las lógicas internacionales los que deciden en nuestro lugar. Consiguientemente, lo que los especialistas denominan globalización de la economía es una amenaza para la identidad nacional y hace que uno se cierre en sí mismo.

Por otra parte, los franceses han tenido el sentimiento, cada vez mayor, que su cultura perdía el lugar que ocupaba en el mundo; para poner un ejemplo, los franceses creen que fuera de Francia ya no se habla francés porque en el extranjero todo el mundo habla en inglés. La cultura americana ha penetrado en Francia (los mismos franceses se sorprenden del éxito de Eurodisney) y por eso creen que el cine o la música franceses están amenazados. Es decir, que la americanización de la cultura y la hegemonía cultural anglosajona provoca inquietud y hace que la nación se cierre en sí misma.

Un tercer aspecto que hay que tener en cuenta es que muchos franceses creen que la construcción europea implica una pérdida de soberanía y una posición más débil. Si añadimos todo esto a las consecuencias mencionadas del final de la sociedad industrial y a los problemas del paro, es muy difícil actualmente tener una imagen abierta y positiva de la nación.

Entonces, no nos debe extrañar el éxito del Frente Nacional, con su política de cerrar las puertas y en contra del proyecto europeo: «cerrémonos en

nosotros mismos, seamos racistas, seamos xenófobos, seamos antisemitas... y todo irá mejor».

Si continuamos analizando el aspecto cultural, podemos encontrar otro fenómeno muy «francés», pero que también observamos en otros países. Hemos visto que se han despertado o se han afirmado unas identidades colectivas que querían existir en los espacios públicos y ser reconocidas. Al principio esto no creaba ningún problema porque no molestaba ni preocupaba demasiado. En los años 60, por ejemplo, eran los movimientos de reivindicación nacionalista como por ejemplo el occitano, el vasco, el bretón, o bien eran los movimientos colectivos que se sentían discriminados por las normas sociales dominantes, como los movimientos de mujeres, de homosexuales...

Ya en los 80, se ha observado en Francia un fenómeno que ha provocado mucho temor a los franceses: la aparición del islam. En Francia no había musulmanes o había muy pocos y la mayoría eran personas que se preparaban para volver a sus países de origen. En aquella época, un amigo mío, Gil Capel, publicó el libro *Los barrios o las periferias del islam*; según él: «Francia es un país que se vuelve musulmán, donde hay centenares de miles de musulmanes, ahora se habla de dos o tres millones de musulmanes que se quedarán en el país». Por tanto, la diferencia cultural o religiosa empieza a despertar temor; una cosa es aceptar la idea del musulmán «de paso» y otra muy diferente es enfrentarse al hecho que se establezcan en el país.

Este proceso se ha ido complicando, hay una dinámica dialéctica entre el cierre de la idea de nación, el repliegue sobre sí misma –que es, por ejemplo, la idea del Frente Nacional– y el arraigo del islam, que paradójicamente se explica por la circunstancia de que cuantas más veces la gente dice que son diferentes, ellos responden reafirmando su identidad.

3. LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES

El segundo fenómeno que encontramos en muchos países, pero que en Francia adquiere una forma muy particular, es la crisis de las instituciones. Es bien conocida la divisa de la República francesa: «libertad, igualdad y fraternidad». Todas las instituciones públicas tienen el deber de transformar aquella promesa en una realidad, como en el caso de la escuela pública, la seguridad social y, en general, todo lo que conforma el Estado del bienestar, que deben asegurar un servicio público de acuerdo con los principios de solidaridad y fraternidad.

También la policía es una institución muy republicana. Los policías franceses, ante todo, defienden mucho la idea de la República, cosa que contradictoriamente no les impide ser muy racistas; se puede ser muy republicano y muy racista al mismo tiempo.

Pero desde los años 60 se habla de una crisis cada vez más profunda de todas estas instituciones que acabo de mencionar: la escuela, el Estado del bienestar, la policía, la justicia... Todas estas instituciones tienen cada vez más

dificultades para mantener y cumplir su promesa de libertad, igualdad y fraternidad.

Daré uno o dos ejemplos relativos a la crisis del Estado del bienestar y de la escuela pública, pero después hablaré del problema de la policía para demostrar que todo esto genera racismo y violencia. Cuando la población crece demográficamente, cuando el paro aumenta, cuando hay menos dinero para pagar los gastos sanitarios o de las jubilaciones, la pregunta que se plantea de forma generalizada es que si nuestras instituciones –que son las que hacen funcionar el Estado del bienestar– están saturadas no es por culpa de los inmigrantes. Así, siempre se busca el chivo expiatorio y por eso se oyen cosas como: «Los inmigrantes vienen aquí con tres mujeres y catorce hijos y cobran subsidios familiares y estos subsidios no se han creado para alguien que, además de estar en el paro, tenga tres mujeres y catorce hijos». Se trata de una crítica gratuita sin fundamento porque en la mayoría de los casos los inmigrantes pagan su contribución, cotizan a la seguridad social y la regla general de los inmigrantes en Francia no es tener tres mujeres y catorce hijos.

En relación con la crisis de la escuela pública francesa, pondré el ejemplo de los problemas que surgieron por tres niñas que se presentaron en el colegio con un pañuelo islámico en la cabeza. Este caso, que sucedió en el año 1989, se convirtió en un tema de Estado, hubo una campaña de prensa muy violenta y se habló mucho de ello, incluso entre las familias. La gente que era contraria a que se llevara el pañuelo en el colegio argumentaba que, si la escuela pública es laica, no tendría que haber ningún signo de pertenencia religiosa; pero está claro que este argumento no se refería por igual a todas las religiones puesto que los católicos a veces llevan una cruz, o los judíos a veces llevan su pequeño sombrero.

Dejando de lado estas discusiones, pienso que la escuela pública está en crisis, pero no por el tema del pañuelo sino porque se trata de una institución que tiene problemas importantes que afectan, por un lado, al personal de la educación nacional (cuestión de salarios, de carrera, de promoción, etc.) y, por otro, al propio sistema de enseñanza, que es una organización que funciona mal, es obsoleta y no cambia, por eso las finalidades de la escuela son oscuras. En el discurso republicano se resaltaba que todos los ciudadanos tenían derecho a la escuela con igualdad de posibilidades para todos. En estos momentos, la escuela pública fabrica desigualdades, porque existe mucho fracaso escolar y porque es incapaz de adaptarse al mercado de trabajo. La escuela no fabrica lo que debería fabricar, es decir, alumnos que no sólo sepan leer y escribir, sino formarse y hacer una carrera.

El tema del racismo no está muy lejos de todo esto en la medida que los centros escolares que funcionan peor son los que están en los barrios más pobres y donde hay más población inmigrante. Muy a menudo la consecuencia de lo que describo es un discurso racista que dice: «Claro, hay inmigrantes y por eso este colegio no funciona». Y los padres de los alumnos se comportan de una forma que, objetivamente, no es racista pero que tendrá unos efectos racistas: sacan a sus hijos de estos colegios públicos porque consideran que

hay demasiados hijos de inmigrantes y los ponen en otros colegios donde haya menos hijos de inmigrantes.

Los sociólogos conocen bien este mecanismo, denominado profecía auto-creativa, que consiste en decir que una escuela pública es mala, por lo tanto la gente saca a sus hijos de esta escuela; esto, a fin de cuentas, provoca que allí sólo se queden los hijos de los inmigrantes y, como consecuencia, la escuela tendrá más dificultades para funcionar. Estos mecanismos favorecen la aparición de escuelas de diferentes velocidades, de una escuela desigual a partir de un prejuicio que no siempre se basa en realidades.

4. CRISIS INSTITUCIONAL Y POLICÍA

Ahora me referiré brevemente a la institución policial. A finales de los años 80, con el apoyo del ministro del Interior y el Instituto de Estudios Superiores de Seguridad Interior (IHESI) –institución que hizo mucho por la investigación–, tuve la posibilidad de llevar a cabo una investigación con policías. Este trabajo consistía en escoger a diez agentes de policía (jefes no) de cinco ciudades diferentes que no se conocieran y agruparlos para que pudieran vivir conmigo un proceso de debate y discusión que debía durar seis o siete días, para reflexionar todos juntos sobre el tema del racismo en la policía.

Para que un ministerio, o un instituto que depende de él, quiera estudiar el racismo en la policía, había que tener mucho valor político en aquel tiempo, y efectivamente se tenía porque me facilitaron las cosas: la ventaja de trabajar con la policía es que cuando se toma una decisión todo funciona bien, la gente participa. La propuesta que hice a estos diez policías no consistía en realizarles ninguna entrevista sino en hacer desfilar ante ellos –sin testigos ni periodistas– una serie de invitados con los cuales charlarían libremente y, con ello, empezar a reflexionar sobre el tema de policía y racismo. Procuré que fuera gente muy diferente: el jefe de la Policía Nacional, el jefe del SOS-racismo, Arlain Dessin –que era muy conocido y que la policía odiaba–, sindicalistas de la policía, un alcalde... El resultado de esta investigación fue muy interesante porque los policías dijeron: «No podemos ser policías si no somos racistas, al menos en Francia». No se trata de que la policía sea ideológicamente racista, sino que son las condiciones del ejercicio de esta profesión las que hacen que si un policía no es racista al principio se convierta en uno con el tiempo.

Los policías en Francia viven una triple crisis: en primer lugar, sufren una crisis social. Sus condiciones de existencia no son fáciles porque muy a menudo viven en barrios donde existen muchos problemas sociales y donde no son muy aceptados, por lo que deben esconder su condición de policías para evitar conflictos a su familia.

Otra crisis a la que los policías deben hacer frente es la circunstancia de que la organización policial ha cambiado mucho desde los años 70 a consecuencia de los procesos de modernización a que se ha visto sometida, por los cuales ahora destacan sus funciones preventivas, con el riesgo de que el poli-

cía tenga la sensación de convertirse en un trabajador social. También se ha pedido la colaboración de la policía con otros agentes sociales: el policía debe trabajar con magistrados, asistentes sociales, maestros, políticos locales... para lo cual no estaba suficientemente preparada. Además, la política de acercamiento a la población condujo al *lilotage*, que consiste en desplazarse y vivir prácticamente en un barrio y estar muy cercano a sus habitantes. Esta experiencia generó una tensión difícil de controlar porque el día que en el barrio había un problema, por ejemplo de tráfico de drogas o de delincuencia, que hay que resolver cuando la policía llega de la comisaría, el policía debe decidir si está de parte de su compañero o de parte del joven a quien él conoce perfectamente y que continuamente se encuentra por la calle.

Por último, el tercer aspecto en crisis es que la Policía Nacional francesa tiene un sentimiento de no saber muy bien cuál es su misión, porque ya no tiene la categoría que antes tenía. En primer lugar, han surgido las policías privadas. Por ejemplo, en un centro comercial o una gran superficie hay policías o vigilantes privados, o también la responsabilidad de las personas que administran las viviendas sociales es de tipo policial; por tanto, se privatiza lo que antes era monopolio de la policía francesa.

También influye la creación de las policías municipales, que puede verse de una manera conflictiva. La Policía Nacional puede decir: «Bien, los policías municipales controlarán las salidas de los colegios o realizarán tareas muy cotidianas, sencillas y más bien de carácter preventivo y, en cambio, nosotros debemos llevar a cabo las funciones difíciles y somos los que vamos armados, la policía municipal no lleva armas». Por otra parte, los miembros de las policías municipales también expresan: «Nosotros también queremos llevar arma porque también topamos con situaciones difíciles o de riesgo».

Además, en la Policía Nacional se han creado nuevas instancias de control y se les ha llevado a aceptar un nuevo código deontológico.

Toda esta evolución hace que la policía francesa no se sienta bien y cuando debe encargarse de situaciones difíciles no sabe muy bien como gestionar el problema, y fácilmente se puede comportar de una manera racista.

Por todas estas razones, que he presentado de una forma sucinta, se puede afirmar que hay un malestar social, un malestar dentro de la organización y dentro de las finalidades propias de la policía; todo esto crea una clase de crispación, que la policía no se sienta reconocida y que a veces no sea capaz de asumir y actuar ante la situación con que puede topar, con temor y incomunicación con los inmigrantes.

5. LA EVOLUCIÓN DE LA VIOLENCIA RACISTA

El último punto que quiero analizar es por qué hay tan poca violencia racista en Francia. Ante todo, cabe decir que debemos ser prudentes cuando se dice que el racismo aumenta, porque las estadísticas y los indicadores de que disponemos son cuestionables. Puedo dar otra pista para entender este razo-

namiento. En los años 50 las estadísticas sobre violación de mujeres eran muy bajas, mientras que en los años 80 eran más elevadas, pero esto no significa que en los años 80 se violaran más mujeres que en los años 50, sino que hoy en día las mujeres tienen el valor de denunciar una violación y, además, hay instituciones que piden que los poderes públicos hagan estadísticas sobre este tema. Pues lo mismo pasa con las estadísticas de la violencia racista.

Dicho esto, me gustaría hacer un repaso histórico de la violencia de los años 50 en Francia para mostrar los puntos débiles y plantear dos cuestiones. En los años 50 y 60 la violencia racista que existía estaba muy relacionada con la guerra de Algeria. Francia estaba en guerra con el FLN y con la extrema derecha; las OS e incluso las políticas oficiales tomaron un carácter racista, porque el racismo puede llegar a la cumbre de las instituciones. Hace unos diez años se supo lo que pasó exactamente en Francia el mes de octubre de 1961 en una manifestación de algerianos en París, que se realizaba para protestar por una imposición que se había hecho a los algerianos, naturalmente en periodo de guerra con Algeria. Esta manifestación se prohibió y se persiguió con una violencia extrema. Las personas más razonables hablan de centenares de muertos. En el año 1961 la policía francesa arrojó al Sena y al canal de San Martín de París miles de personas que se estaban manifestando. Por tanto, aquella violencia racista se explica fácilmente por el contexto bélico con el FLN algeriano.

Si analizamos los años 70, constatamos que todavía existía racismo, un racismo muy relacionado con la acción de grupos de extrema derecha muy pequeños pero muy bien estructurados. En el año 1973 hubo una oleada de violencia, con varios muertos en Marsella, el Pereux y otras ciudades. Es decir, aquel racismo tenía una base ideológica estructurada (a mi parecer, eran las secuelas del final de la guerra de Algeria) y empezaba a tener un principio de sedentarismo en Francia.

En los años 80 asistimos a algunos asesinatos racistas; las víctimas son inmigrantes del norte de África, pero ya no se trata de operaciones de grupos de extrema derecha sino que son sucesos aislados. El ejemplo típico es el del jubilado que vive en una ciudad donde cada vez hay más inmigrantes, mucho ruido, de noche, y cuando se acerca a su coche ve que hay gente alrededor, coge su carabina y dispara. En 1983 hubo una marcha de jóvenes que cruzaron Francia desde Marsella hasta París, recibida por el presidente de la época —François Mitterrand—, en protesta por los asesinatos del tipo que les he explicado.

Así, podemos decir que la evolución de la violencia ha pasado, en primer lugar, por la guerra de Algeria, en segundo lugar, por los grupos de extrema derecha y, en tercer lugar, por hechos aislados pero numerosos. En los años 80 y 90 ha habido poca violencia asesina pero la pregunta que empieza a plantearse es si existe relación entre la violencia racista y la presencia en la vida política francesa de un grupo de extrema derecha como el Frente Nacional. Cito uno o dos casos conocidos: un joven de las Islas Comoras fue asesinado en 1994 por miembros del Frente Nacional; en 1996 el Frente Nacional

escogió el primero de mayo para realizar su gran manifestación anual y en ella los «cabezas rapadas» cogieron a un joven marroquí que pasaba por allí, lo arrojaron al Sena y se ahogó.

Otro asunto que nos pone en relación con el Frente Nacional es el de la profanación del cementerio judío de Carpantras, en mayo de 1990. Es un asunto muy importante. Describiré brevemente los hechos: se descubre un día la destrucción de una treintena de tumbas en el cementerio judío y uno de los cadáveres empalado. Los partidos de izquierda dijeron que esto había sido un acto antisemita, provocado por la extrema derecha, mientras que el Frente Nacional negaba su implicación en este suceso. Este caso, además, puede ejemplificar la posible incidencia de los medios de comunicación en esta clase de conflictos. Un programa muy seguido de la primera cadena de televisión francesa —*Perdu d'eu*— afirmó que la profanación de este cementerio había sido llevada a cabo por jóvenes burgueses que se divierten con juegos satánicos. Esta idea se difundió mucho socialmente, pero hace unos meses se descubrió que se trataba de un acto cometido por cuatro o cinco personas de un grupo de extrema derecha, de «cabezas rapadas».

Quiero comentar otro aspecto de la violencia antisemita. Hay que constatar, sin embargo, que en Francia durante mucho tiempo ha habido más fantasmas que realidades en el caso de la violencia antisemita; el ejemplo más impresionante pasó en 1980, en que explotó una bomba depositada en una bolsa de ciclista en una sinagoga de París, que produjo tres muertos. La respuesta fue inmediata: se movilizaron no sólo los judíos de Francia sino también los demócratas franceses, que estaban convencidos de que se trataba de un crimen antisemita relacionado con la extrema derecha francesa. Durante seis meses el trabajo de la policía fue seguir esa pista hasta que se supo que era un asunto de terrorismo internacional: el grupo Abu-Nidal era el responsable. La relación entre la violencia racista y el Frente Nacional es una cuestión muy complicada.

Para terminar, quiero hacer dos o tres afirmaciones. Francia es un país donde la violencia racista ocupa un espacio político importante. El Frente Nacional ha tenido un 15 % de votos en las últimas elecciones y es un partido explícitamente racista. A pesar de todo, creo que ocupa poco lugar en cuanto a la violencia de base. Si comparamos Francia con otros países, la realidad es muy diferente: en Gran Bretaña hay poco espacio político para el racismo, no existe el equivalente del FN, pero hay mucha violencia de base. En Alemania, desde los años 90, se puede comprobar un aumento de la extrema derecha racista y al mismo tiempo de la violencia de base racista: sólo hay que recordar los atentados a las residencias de inmigrantes.

Creo que se puede decir que el racismo aumenta o disminuye globalmente si mantenemos la hipótesis de que en realidad el racismo político es una cosa y el racismo de base es otra, y que podemos tener uno u otro, o que uno está por encima y el otro por debajo, o que pueden cambiar en un sentido o en otro. Por eso, podemos imaginar en Francia un escenario donde la violencia aumentaría aunque en el espacio político el FN disminuyera, de forma que se

diferenciara entre lo que el ciudadano vota y su actitud personal ante los inmigrantes.

Por otro lado, se puede plantear qué relación existe entre el Frente Nacional y las violencias de extrema derecha que proceden de los «cabezas rapadas» y que no son militantes de este partido. Es una cuestión muy delicada, porque se pueden decir dos cosas opuestas: por un lado se puede decir que el FN quiere llegar al poder o quiere tener peso en el poder por la vía de las elecciones democráticas y que, por ello, debe ser un partido respetable, que no puede animar a las violencias; pero, por otro lado, el FN siempre ofrece un discurso de odio racista: si un cretino que está en el bar con dos o tres colegas más bebiendo la séptima u octava cerveza y ven en la televisión al señor Le Pen defendiendo ideas racistas, pueden entender algún tipo de legitimidad para ir con sus amigos a destruir las tumbas del cementerio o a romperle la cara al primer inmigrante que se encuentren.

Es muy difícil precisar hasta qué punto el FN es más bien un freno para la violencia racista o, al contrario, es una causa o sirve para animar a la violencia racista.